

Martin Steffens

MARÍA COMO DIOS LA CONOCIÓ

didaskalos

103



MARTIN STEFFENS

MARÍA COMO DIOS LA CONOCIÓ



Ilustración de portada: Bride with Fan, Marc Chagall

Primera edición: diciembre 2025

© Autor: Martín Steffens

Impreso en España. Printed in Spain

Depósito legal: M-24667-2025

ISBN: 978-84-19431-65-3

Impresión y encuadernación:

Editorial Didaskalos

Valdesquí 16, Madrid 28023

Queda prohibida, salvo excepción, prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal)

*A mi esposa,
a mis hijos, por inspirarme un «gracias»
y un «aquí estoy».*

*A Pierre Dulau y Anne Steffens,
por haber releído apresuradamente estas páginas.*

Índice

	<i>Págs.</i>
1. LAS DOS PALABRAS	9
Primera palabra	10
<i>La lucha justa</i>	12
Segunda palabra	13
<i>Misterio</i>	15
2. NUESTRO MUNDO COMO EL DIBUJO DE UN NIÑO	19
Juan Duns Escoto	21
Filosofía medieval	23
Infancia contra infantilismos	26
No era necesario	30
3. REGALO Y BELLEZA	35
El origen oculto de toda belleza	37
La belleza del culto y de las flores	39
4. EL DON DEL PADRE AL HIJO	43
Un regalo que obliga gozosamente	48

	<i>Págs.</i>
Como un sobreabundante además	49
La alegría de ser para otro distinto de uno mismo	51
Ni desprecio de sí, ni engaño sobre sí	53
5. DONDE LLEGAMOS, POR FIN, A MARÍA	57
María, la segunda nacida de toda la Creación .	58
La gracia preventiva	62
Utopía mariana.	67
6. EL MUNDO VISTO POR MARÍA	71
Un niño nos espera	75
Hacer inmaculado todo	78
Geneología	80
7. MARÍA, COMO DE PASADA	83
La universalidad de María	84
Simplicidad.	86
DESCUBRIR EL PENSAMIENTO DE JUAN DUNS ESCOTO .	89
Para iniciarse en su pensamiento	90
Obras más especializadas	90

1.

Las dos palabras

La vida humana cabe en dos palabras, que juntas suman tres: «gracias» y «aquí estoy». Estas dos palabras marcan los límites de nuestra existencia. Una de ellas se sitúa en el umbral de la vida; la otra, en su confín más lejano.

Una palabra para acoger el don del ser: «gracias». Mi vida comienza cuando la recibo. La otra palabra es una manera de morir, una forma de abrirse. Porque esta vida, si la acogemos como un don, deja de ser solo nuestra vida. Cada día se convierte en un regalo de sí misma y, al encontrarse con la muerte, quizá la vea como una ofrenda última: «aquí estoy».

Porque envuelven toda nuestra vida, estas dos palabras permanecen verdaderas incluso cuando todo a nuestro alrededor es oscuridad y mentira. Puestas sin cesar a prueba por las dificultades que atravesamos, son la única respuesta posible, siempre renovada.

Si acogemos nuestra vida bajo su suave poder, algo de nuestra juventud seguirá intacto. Si sucede algo feliz, diremos «gracias». Si alguna vez tenemos que separarnos de ella —como padre y madre dejan partir un día a su hijo— diremos, con las manos vacías pero abiertas: «aquí estoy».

Estas dos palabras son el latido de nuestra existencia. Una vez que entramos en su danza, una precede a la otra: primero la palabra del abandono, luego la palabra que saluda al don. Si aparece una prueba, diremos «aquí estoy»; si la superamos, diremos «gracias».

Primera palabra

«Gracias.» La vida es el primer don indiscutible. Sin este don, nada existiría. Nuestros sufrimientos, tristezas y rebeldías no alcanzan la grandeza de un don así; al contrario, lo revelan. Si la vida no

fuera en sí misma hermosa y buena, ¿acaso el mal dolería?

Si la vida no llegara con tantas promesas, y si la vida que hemos recibido no fuera la primera en cumplirse, ¿nos sentiríamos decepcionados o indignados? Es cierto que hay vidas que son, ante todo, vidas de sufrimiento. Pero ocurre que en su nacimiento les faltó la alegría de un padre o de una madre: esa alegría que brota cuando se nos regala un hijo. Es una alegría que a veces se impide por las circunstancias, pero cuya ausencia duele tanto que la vida merece desde el principio una acogida jubilosa.

Porque toda vida es, en sí misma, digna de ser acogida desde el comienzo, aquellos que no lo han sido pasan de un sufrimiento a otro. En el dolor de una vida que no fue lo bastante amada, en su grito por ser finalmente reconocida y celebrada, está contenida esta verdad: la vida es en sí misma bella y buena. Ser un buen padre o una buena madre no es otra cosa que alegrarse, con gestos sencillos y una entrega desinteresada, de la llegada de un hijo al mundo. Es, pese al temor de no estar a la altura de la tarea de ser padres, posar la mirada en el pequeño y bendecirlo. Es decir «gracias». Eso basta.

Como dicen los filósofos, al comienzo de la vida de un padre no está la admiración, sino el asombro. Admiración: me sorprende o me regocijo de que seas lo que eres. Asombro: me sorprende y me alegro de que simplemente seas.

La lucha justa

No debemos decir: «Hay injusticia y desdicha y la vida no es buena». Más bien: «Porque la vida es en sí misma bella y buena, cada vez que, por la maldad de los hombres o los golpes del destino, ya no puede ser plenamente acogida, saboreada y desplegada, entonces hay injusticia y desdicha».

No luchamos para que la vida tenga sentido. Luchamos porque tiene tanto sentido que una vida reducida a lo absurdo es un escándalo al que nos sentimos moralmente obligados a poner fin. Cuando nos arremangamos para doblar el pescuezo a una injusticia pasajera, reconocemos que el juego vale la pena: es porque la vida es en sí misma hermosa que defendemos la ley y la justicia.

Al corregir este mundo para que la vida fluya en toda su intensidad, nunca debemos olvidar dirigir

la mirada hacia la fuente y bendecir su caudal. De lo contrario, muy pronto la lucha por la justicia se convertirá en venganza en nombre de la justicia. Muy pronto dejaremos de luchar, no porque la vida sea buena, sino para que lo sea. Pero entonces no dejaremos nunca de encontrarle defectos. Poco a poco nos convertiremos en un demiurgo impaciente y en un juez despiadado. Llevaremos a la vida ante los tribunales sin darnos cuenta de que el grito que dirigimos contra ella es, ante todo, en cada uno de nosotros, un grito que la vida dirige contra todo lo que la obstaculiza. Y sucederá finalmente que el deseo de una vida más viva se vuelva contra la vida misma.

Segunda palabra

No obstante, si cada persona ha recibido la vida como un don, no es para sí misma. La vida es un don. Pero recibirla plenamente como tal equivale a ser tan rico que no sentimos celos de ella. Significa empezar ya a dejar que la vida fluya más allá de nuestra propia existencia. El don de la vida se recibe en la medida en que se gasta, se entrega y circula. Nuestras vidas están hechas para dirigirse, para ofrecerse a los demás. Esto se llama amar.

«Aquí estoy» es, pues, la continuación lógica de la primera palabra, el cumplimiento de «gracias». Juntas, estas dos palabras definen nuestro ser de criaturas: la una dice que hemos recibido la vida; la otra que, por eso mismo, no podemos retenerla. «Aquí estoy» será así la palabra del moribundo que, sintiendo que la vida se le escapa, finalmente se entrega. Porque si en ese instante comprende que, desde el principio, su vida solo tenía sentido y sabor en la medida en que era compartida, en esa renuncia definitiva no pierde nada. «Se rinde», como dice la expresión, pero no con las manos en la cabeza ante el enemigo, bajo la orden no negociable de «¡ríndase!». Al contrario, se confía, con las manos tendidas y los brazos abiertos, a Aquel que, en el origen del don de la vida, hace de cada muerte una cita, amistosa o amorosa, y de la vida un camino para alcanzarla.

«Aquí estoy» es la palabra de una renuncia radical de sí mismo que solo sería un abandono terrible si, al mismo tiempo, no fuera el don total de la propia persona. Quien muere diciendo «aquí estoy» hace algo más que morir: revela y reverencia su vida como don.

Misterio

Si el «gracias» certifica que hemos recibido la vida, el «aquí estoy» comprueba hasta qué punto la hemos recibido.

La vida no puede capitalizarse. «Quien quiera guardar su vida, la perderá», advierte Cristo. Y lo ilustra con una historia casi cómica: un hombre rico guarda en su granero el fruto de su trabajo; sueña con vivir en paz y satisfecho el resto de sus días... pero muere aquella misma noche. Caída en picado. En la parábola de Jesús, este hombre, que acababa de inventar algo parecido a la jubilación anticipada, es llamado «insensato» por Dios. Su prudencia aparece aquí como locura. ¿Qué moraleja tiene esta historia, en apariencia inmoral? La siguiente: no podemos apropiarnos de lo que está hecho para circular. Y más aún: Jesús nos dice que ningún bien de esta vida es objeto de posesión. La amistad, el arte y los bienes materiales solo cobran sentido cuando se comparten. Si pretendemos poseerlos —como el celoso, el fetichista o el avaro—, en realidad serán ellos quienes nos posean. La historia de aquel hombre, con su trigo encerrado en el granero, nos enseña esto: no se puede retener para uno mismo el don de la vida sin interrumpirlo, antes que nada, para uno mismo.

La leyenda nos cuenta que el rey Midas, deseoso de poseer el mundo y reducirlo a una medida calculable, una vez recibió el poder de convertir en oro cuanto tocaba. Entonces ya no pudo comer fruto alguno y, al rozar apenas a su esposa, la convirtió en estatua de piedra.

Hay otra manera de expresar esta verdad, menos moralizante, menos prescriptiva. María, la madre de Jesús, nos lo enseñará mejor que yo en estas líneas. Porque yo no hago sino repetir: «No debemos apropiarnos de la vida, no debemos decir esto, etc.». En realidad, una vida que nos pertenece en la medida exacta en que nos desposeemos de ella no es tanto materia de lección como de misterio. Se vive más de lo que se comprende.

Y lo que arroja luz sobre este misterio es otro misterio: la Inmaculada Concepción. Sin duda, no habríamos comprendido nada del carácter absolutamente gratuito de la vida humana sin la lenta maduración de este dogma. Fue proclamado oficialmente el 8 de diciembre de 1854, aunque llevaba siglos gestándose en silencio en el alma de los creyentes.

En las páginas que siguen queremos desplegar la riqueza filosófica del dogma de la Inmaculada

Concepción de María, para hacer más tangible la bendición de esta vida, de modo que el «gracias» y el «aquí estoy» broten con más frecuencia y serenidad del fondo de nuestro corazón. Pues estas dos palabras no esperan más que un gesto nuestro para florecer, silenciosas, en todas las dimensiones de nuestra existencia, como hortensias en la mañana de un mes de mayo.

En este ensayo sereno y penetrante, Martin Steffens —filósofo católico contemporáneo— se adentra en el misterio de María para contemplarla desde la mirada misma de Dios. ¿Cómo ve Dios a María? ¿Por qué el gran regalo de hacerla inmaculada desde la concepción?

No se trata de añadir una devoción más, sino de comprender cómo la vida de la Virgen revela el modo en que Dios actúa en el alma humana: discretamente, sin imponer, invitando al consentimiento del amor.

A través de una lectura teológica y existencial, Steffens muestra que en María se cumple la vocación más profunda de toda criatura: acoger la Palabra y dejar que en ella tome carne. Su reflexión ilumina temas centrales de la fe cristiana —la gracia, la libertad, la encarnación— con una claridad que toca tanto la inteligencia como el corazón.

Este libro es una invitación a redescubrir a María como la mujer plenamente disponible a Dios, espejo de lo que la Iglesia y cada creyente están llamados a ser. Ella que concibió primero a Jesús en su corazón, pudo concebirlo en su seno y darle toda su humanidad.